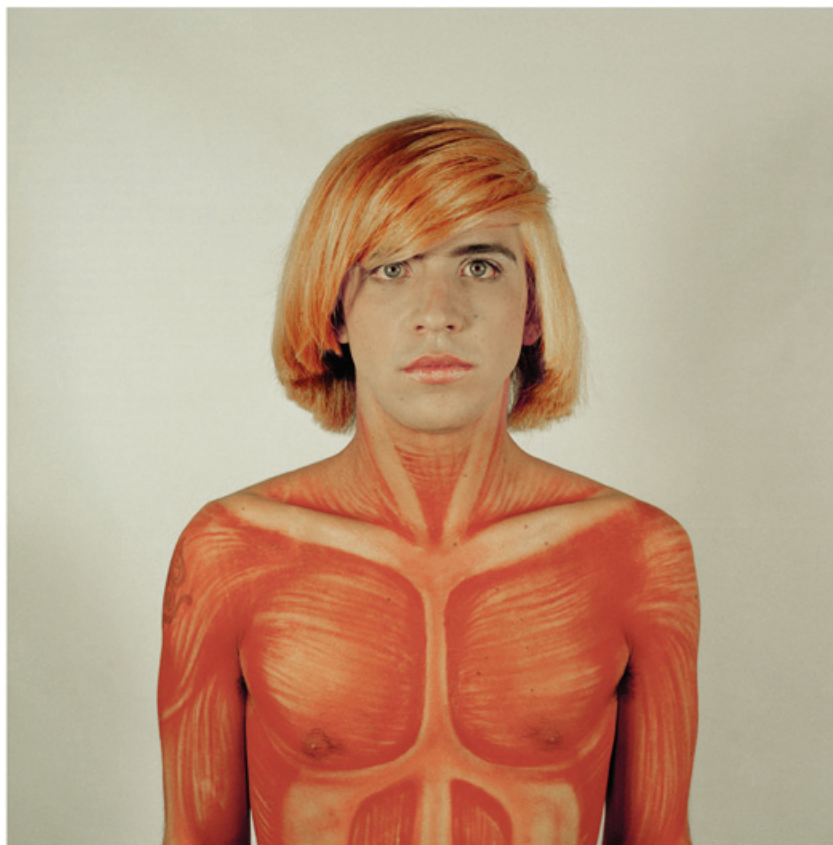


“Es tan lindo que parece una niña”

Isabel Cristina Jaramillo



© Juan Pablo Echeverri. *MUTILady: mira que si te quise fue por el pelo, ahora questás pelona ya no te quiero*, 2003

Hemos sido socializados bajo dichos, expresiones, palabras y refranes que reafirman la condición de haber nacido hombre o mujer, reafirman la masculinidad y la feminidad. La afirmación: “Es tan lindo que parece una niña”, muy seguramente, la hemos escuchado o expresado para hacer referencia a la belleza de un hijo, nieto o conocido varón. El significante “lindo” en esta frase parece aludir a una característica particular de las niñas/mujeres. “Es tan lindo que parece una niña” introduce la ambigüedad y pareciera ser una sentencia.

Los refranes son dichos producidos por la sabiduría popular. Esa sabiduría refleja mitos, creencias y tradiciones que perpetúan, en distintas culturas, costumbres, formas de conducirnos, de ser y hacer. Algunos de estos dichos, refranes, ideas y creencias, cuando aluden a la sexualidad, reflejan un poco, o mucho, de la desigualdad, la discriminación, el sexismo y gran parte del mantenimiento de estereotipos relacionados con el sexo y la sexualidad como inmortales e inamovibles.

Los estereotipos sexuales hacen visibles imágenes binarias, construidas a partir de rasgos asignados a mujeres y hombres como características propias de “lo femenino” y “lo masculino” que han estado sostenidas en ideas, creen-

cias y prejuicios. Esta tipología es la que autoriza la burla y el desprecio hacia prácticas que no responden a los parámetros de “normalidad”: hombre o mujer blancos, de ojos azules, heterosexuales, de clase alta, por ejemplo. Incluso, esto alude, no sólo a las imágenes de géneros, sino también a situaciones que involucran lo etario, lo étnico, lo familiar o los roles laborales. En la medida en que los estereotipos son usados para afirmar la aparente “normalidad”, excluyen y pretenden estandarizar a un sujeto a un espectro restringido de actuaciones o pro-

fesiones que han sido concebidas para unos y no para otros. Un ejemplo de ello: Las prácticas de colectivos trans asociadas a la diversión nocturna o al ejercicio de la prostitución. Los estereotipos del gay peluquero, estilista o decorador, la jugadora de fútbol como lesbiana, el afrodescendiente que le gusta bailar, como un homosexual, la mujer o el hombre que, dicen, “van vestidos como ladrones”.

Si detallamos estos ejemplos, en cada uno sobresale un aspecto de la sexualidad acompañado de un hacer o de un rol desempeñado o elegido. Al parecer, las profesiones están prediseñadas para ser ejercidas por uno u otro sexo, por personas con una u otra orientación sexual, y no por personas capaces, inteligentes y autónomas, ni por sujetos que desean y eligen, en consecuencia.

Otro aspecto singular es que cuando se menciona la sexualidad, en lo primero que pensamos es en ciertas partes de nuestro cuerpo y en si las prácticas sexuales tienen que ver o no con la reproducción y, finalmente, cuando hablamos de dos cuerpos, aludimos, como sobrentendido, a los del hombre y la mujer.

Cuerpo de hombre o cuerpo de mujer que implican lo visible y lo invisible, sus formas, sus encantos, la sutileza, el movimiento. ¿Por qué olvidamos o nos resistimos a contemplar los significados que esos cuerpos poseen para cada uno y en relación con el otro? Un cuerpo que trasciende su propia anatomía y fisiología, uno construido con ideales, modelos y fantasías. Algunos están seguros de saber sobre la sexualidad porque conocen la anatomía y la fisiología de la reproducción y de los órganos sexuales, porque pueden diferenciar ese cuerpo del de un animal. ¿Pero dónde queda lo que se siente pero no se ve?

El cuerpo de la mujer y el cuerpo del hombre no son exclusivamente físicos, pues poseen partes y funciones que pertenecen a otra clase de ordenamientos, por ejemplo los simbólicos.

Nuestro cuerpo se hace con palabras, imágenes y modelos que le permiten transformarse en el escenario de las experiencias sociales. El ser humano es siempre más que su anatomía, más que las apariencias. La virilidad y la feminidad son algo más complejo que tener órganos sexuales de hombre o de mujer. El cuerpo es una realidad sensible que con suma facilidad se transforma en una perpetua fuente de sorpresas y es capaz de provocar un sinnúmero de transformaciones en las cuales se vive lo intangible y se siente lo inexplicable. ¿Cómo ser mujer si el organismo dice algo distinto?

Cuando interrogamos lo que concebimos como dogma sobre el ser hombre y ser mujer en nuestra cultura introducimos un elemento inadvertido. Pero, ¿cómo es posible que un hombre considere vestirse de mujer?, ¿cómo es posible que un hombre diga que se siente mujer?, ¿cómo introducir en nuestra lógica de creencias y experiencias que un hombre decida nombrarse Ana, Elvia, Catalina? Existe algo inacabado en el terreno simbólico, un hombre y una mujer anatómicamente hablando están eligiendo qué posición desean asumir.

La transgresión que estos cuerpos parecen atestiguar nos obliga a quebrar los universales hegemónicos sobre el ser hombre y ser mujer y renunciar a ver lo *otro* como el negativo de lo idéntico (A no es B). Ser testigos de estas transformaciones en la cotidianidad nos lleva de la mano en la construcción de condiciones mentales y reales para pasar de una articulación necesariamente jerárquica y generadora de exclusiones entre lo uno y lo otro, a categorías de lo múltiple y lo diverso.

Pensar de otro modo las elecciones de hombres y mujeres no es sino un gran reto en los niveles jurídico, psicológico, social, académico y político de lo que implica esta apuesta subversora que anima la diferencia en la vida de muchos seres.

Amar y trabajar, una apuesta

Freud planteaba que uno de los requisitos de la salud mental es la capacidad de amar y trabajar. Si se busca cómo pensar esta tesis a la luz de la cuestión del género y de la equidad, es decir a la luz del análisis sobre los roles posibles para mujeres y hombres, hablamos de las cicatrices que se producen en la subjetividad. La naturalización de los ejercicios cotidianos de hombres y mujeres nos ha impedido avanzar en la construcción de la autonomía subjetiva y del poder, constitutivos también de lo que se entiende por salud.

La autonomía es un término político que implica la capacidad de instituir proyectos propios y la producción de acciones para conquistarlos; un sujeto capaz de desentrañar sus deseos y sus intereses y de elegir las mejores acciones es un sujeto saludable, autónomo. En el caso de la autonomía de género, hablamos del grado de libertad que una mujer o un hombre tienen para actuar de acuerdo con su elección y no con la de los otros.

¿Qué tanta autonomía han adquirido hombres y mujeres para transformar su anatomía, para transformar su posición que ha sido asignada históricamente por el solo hecho de tener un órgano sexual determinado?

Una propuesta para desentrañar esta reflexión es introducir la idea del destino, no a través de una anatomía, sino a través del lenguaje, en un naturalismo, no biológico, sino simbólico. Naturalismo simbólico que pretenda, a través de dichos, frases, expresiones y relatos ir transformando la condición fija de la sexualidad que sella el destino para algunos hombres y mujeres por una idea de respeto a la diferencia y la elección de quien, según su criterio, busca una identidad o una orientación sexual distintas de las que comúnmente observamos o somos. Un transexual no tiene problemas con la identidad; su problema se encuentra afuera,

encarnado en sujetos que lo observan con horror porque se considera “distinto”.

Por todo lo escrito y nombrado, quiero proponer lo siguiente: si hay destino biológico, no hay sujeto. Hay hombres y mujeres. Si hay sujeto, hay diversidad, hay identidad. Si hay diversidad, hay elección; si un sujeto elige, es saludable porque puede amar y trabajar sin ser juzgado y mucho menos estereotipado, condición de salud, tal y como Freud la planteó.

En síntesis, el desafío será poder inventar una figura de las nuevas relaciones en un mundo globalizado: el amor y el trabajo entre sujetos que desean. Por ello propongo **resistirnos al género para devenir sujetos**. Gran ejemplo de ello lo proporciona una linda niña que quiere comportarse y vestirse como hombre: la pequeña Shiloh Jolie-Pitt, la primera hija natural de Angelina Jolie y Brad Pitt, a sus seis años de existencia se resiste a usar los vestidos y faldas tradicionales de las niñas de su edad, y, más bien, suele interesarse por el vestuario de los varones.

Será que al verla podremos exclamar: “¡es tan linda que parece un niño!”.

Isabel Cristina Jaramillo es Psicóloga y magíster en Investigación psicoanalítica de la Universidad de Antioquia. Actualmente coordina el módulo sobre Género y diversidades sexuales en el diplomado que adelanta el programa de Permanencia con Equidad de la misma Universidad. Trabaja también en el Centro de Equidad de Género de la Comuna 10 de la Secretaría de las Mujeres, Alcaldía de Medellín. Este texto es un fragmento de la ponencia presentada en el Primer Foro sobre Diversidades Sexuales, realizado en el Edificio de Extensión de la Universidad de Antioquia el 6 de mayo de 2014.